

Margarita, una eremita en la ciudad

Conocí a Margarita con motivo del Sínodo que se llevó a cabo en Madrid hace ya unos años, en el que participamos como miembros de la familia espiritual del hermano Carlos de Foucauld, a la que ambos pertenecemos. Había oído hablar de ella en varias ocasiones y a pesar de que en aquel momento vivíamos muy cerca, yo en las Vistillas y ella en la calle Toledo, no había tenido la ocasión de visitarla.

La primera impresión que me llevé al llegar fue la de encontrarme en un lugar peculiar de Madrid, su casa se alzaba sobre los tejados colindantes, y aquel ventanal ofrecía una vista incomparable de esta ciudad, siempre bromeé con ella de la suerte que tenía viviendo en aquel ático, más allá de la historia que tenía detrás el haber llegado hasta allí aquella Navidad, en la que, como alguna vez me contó, se sintió tan cercana al pequeño Jesús sin lugar donde nacer.

Su ático nunca fue un ático al uso, como los que uno se puede imaginar, se respiraba otro aroma, era pequeño, acogedor, sencillo, abierto a todos con una mesa de camilla a cuyo alrededor nos sentábamos a compartir el café, la comida, la charla, convirtiéndose así en un lugar sagrado y en una mesa eucarística.

¡¡¡Era una ermitaña!!! Había conocido a una ermitaña muy castiza, viviendo en una corrala del barrio de las Vistillas, se había retirado a aquel alto, apartado del ruido, para tener un lugar privilegiado donde poder estar cercana a Dios y a los hombres. Con el tiempo entendí mejor lo que significaba su presencia allí, fui conociendo su historia, de la que nunca hablaba demasiado tan discreta como era. Y la realidad me afirmaba en lo que intuí la primera vez, el eremitismo (si existía actualmente en la ciudad) no podía ser muy diferente a lo que vi en Margarita, estaba disponible para acoger y escuchar siempre, siempre había un hueco en su pequeña agenda donde se acumulaban nombres, citas y encuentros.

Otra cosa que me llamó la atención, entre aquellos muebles y libros, fue una estantería de mimbre donde discretamente descansaba el Señor junto a la Biblia y el icono del Sagrado Corazón de Jesús, copia doméstica de aquél que presidía la capilla del hermano Carlos. Cuantas horas a los pies de Jesús habrá permanecido como María en Betania, solo Él lo sabe; pero me gustaba imaginarla allí callada con las manos entrelazadas compartiendo silencios y miradas.

Si Nazaret inspiraba su vida, no menos lo hacían los Ejercicios de San Ignacio; ella fue quién nos animó a hacer las Bienaventuranzas con Adolfo a mi mujer y a mí, tiempo después tuve la suerte de que me acompañase los ejercicios en la vida diaria, y me animó a que yo también acompañase, me repitió muchas veces lo importante que era para ella que personas más jóvenes pudiésemos acompañar los EE, que los acercásemos a nuestros amigos y compañeros; estaba convencida del bien que podían recibir tanto creyentes como no creyentes del método ignaciano, gracias a la claridad y sencillez de los apuntes con los que acompañamos.

Quisiera que estas palabras fuesen memoria agradecida al cariño y cercanía que recibí de ella, sacramento de su presencia en mi casa son: un Misterio de barro y el icono del Sagrado Corazón que me regaló.

Cada vez que paseo por la calle de Toledo elevo la vista hacia ese ventanal y recuerdo como la casa de Betania tiene también aire castizo.

Diego Melendo Moreno